

Schwardin.

[19 de setiembre de 1793.]

Un ejército de cuatro mil soldados, al mando de Kleber, se veía perseguido en Forfou, durante las guerras civiles de la Vendea, por veinte mil hombres pertenecientes al partido contrario. Llama Kleber á su amigo el coronel Schwardin, y le dice: «Ya ves nuestra posición; tú vas á situarte en el barranco con tu regimiento, te harás matar, pero me darás tiempo para salvar el ejército. — Así lo haré, general,» responde Schwardin, quien en seguida se pone en marcha, se atrinchera en el barranco, sostiene con su gente el ataque del enemigo, da tiempo á Kleber y á su pequeño ejército de ponerse en salvo, y muere gloriosamente con todos aquellos valientes.

La Palice.

[1521.]

El valeroso la Palice, caballero frances, era el comandante de una ciudadela sitiada por los españoles; en una salida que hizo, cubierto de heridas, quiso volver á la fortaleza, pero los españoles le impiden el paso; entonces se apoya contra una pared y se defiende largo rato. Cediendo al fin al número, cae, y le llevan moribundo á la tienda de Gonzalo de Córdoba, jefe de los sitiadores, quien le amenaza con darle muerte si no obliga á los sitiados á entregarse en seguida. La Palice escucha con calma á Gonzalo, y le contesta: «Que me lleven al pié de las murallas.» Una vez allí hace llamar á su lugarteniente, y le dice:

«Ya veis, Cornon, que me amenaza Gonzalo con quitarme un resto de vida si no os rendís inmediatamente; os ruego, amigo mio, me considereis ya como un hombre muerto; sed fiel á vuestro deber para con el rey y la Francia, y defended la plaza hasta el postrer aliento.» Aunque airado Gonzalo, no llevó á cabo su amenaza, y

prefirió canjear á la Palice con un capitán español de igual graduación que su prisionero. La Palice curó de sus heridas y llegó á ser mariscal de Francia.

§ XI. DEBERES DE FAMILIA.

PADRES Y MADRES.

En el cariño que profesan los padres á sus hijos hay alguna cosa de heroico, causándoles satisfacción personal la buena conducta de un hijo. Aplauden todo lo que hace en su propio interés bien entendido y se alegran de la misma felicidad que se procura. (B.)

Dichosos los hijos que sus padres guían á la perfección, ménos por la vía larga y difícil de los preceptos que por el corto y fácil camino de los ejemplos! Son imagen viva de la virtud haciéndola sensible á sus ojos. No es la virtud elevada por encima de la humanidad, que los filósofos representan sentada en una roca escarpada al cabo de un largo y áspero camino; es la virtud presente, accesible, por mejor decir, familiar, que aprenden pronto los niños por afición y por instinto, que creen ver y tocar; y que parece tomar una forma corpórea para acomodarse á la debilidad de su razón naciente, para excitar en ellos no una admiración estéril sino una imitación utilísima. (AGUESSEAU.)

Respuesta de Agesilao.

Agesilao, rey de Lacedemonia, otro de los hombres más célebres de Grecia, se entretenía un día corriendo á caballo montado en un bastón para distraer á su hijo, entonces de corta edad. Un testigo de esta escena no pudo ménos de reírse. «Amigo mio, le dijo aquel héroe, no te burles tan pronto; para juzgar la conducta de un padre espera tú hasta que lo seas.»

La señora de Sevigné¹.

La señora de Sevigné amaba á su hija con pasión, y cuando tuvo que separarse de ella, exhalaba sus emociones

1. Esta mujer célebre murió en 1696.

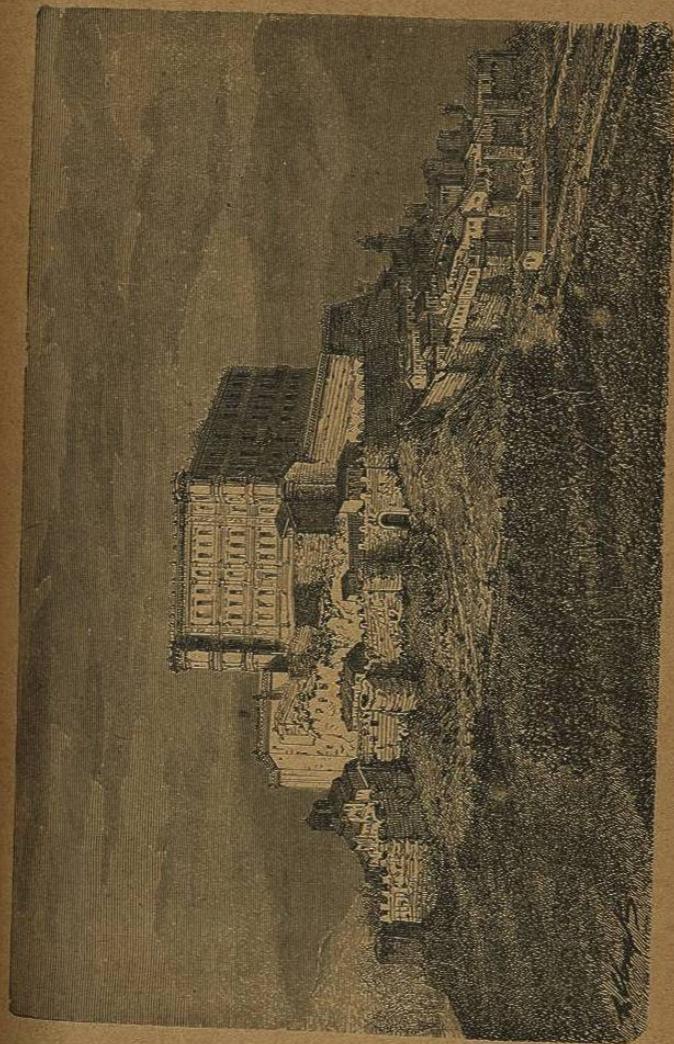
nes maternales en una multitud de cartas que se han publicado despues de su muerte y que subsistirán siempre como obras maestras en el sentimiento y en el estilo.

En estas cartas se pueden conocer los tesoros de amor que encierra el corazon de una madre. Apénas se ha puesto en camino la señora Grignan¹ con su marido en direccion á la Provenza, que ya comienza la señora de Sevigné á confiar sus angustias maternales al papel, que parece abrasador bajo sus dedos. Al principio «ha sentido en veinte leguas este alejamiento cruel, como sentiria un cambio de clima.» La idea de los peligros de un viaje tan largo aumenta el dolor de la separacion; continuamente tiene ante sus ojos «las alturas escarpadas de Tarare², y la rápida corriente del Ródano.» Cuando sabe que Madama de Grignan ha llegado con felicidad, cambian de aspecto los temores de su madre, sin ser por eso menos vivos; sin hablar del «fastidio de la ausencia,» es preciso «que esté sumamente inquieta por la salud tan preciosa de su hija.» Sabe que ésta se siente mal del pecho, y dice «que está enferma en el pecho de su hija.» ¡Cuánto debe compadecer el lector á esta pobre madre, entregada á merced de todos los caprichos de su imaginacion! Porque para un corazon como el suyo, «todas las tristezas de temperamento son presentimientos, todos los sueños son presagios, todas las precauciones son avisos; es un dolor sin fin.»

Por lo tanto, su único pensamiento es el de reunirse con su hija, y segun sus enérgicas frases, «preecipitar en esta esperanza el resto de su vida.» «Empujo con mi mano, dice, á los dias para que pasen mas pronto, y consiento de todo corazon en su rapidez, con tal de vernos juntas!» Afortunadamente la señora de Sevigné tiene el consuelo de que puede escribir y la alegría de que su hija no deja nunca de responder. Estas cartas, que vienen de Provenza, son verdaderos acontecimientos, y así ¡con qué

1. Hija de Madama de Sevigné.

2. Tarare es una pequeña ciudad próxima á Lyon.



Castillo de Grignan, residencia de la hija de la señora de Sévigné.

impaciencia se las aguarda! Cuando toma una de esas cartas, no la lee en seguida por miedo de haberla leído demasiado pronto, y una vez que la ha leído, la lee y la vuelve á leer de nuevo; y este dichoso papel reina en su corazón hasta que otra nueva carta viene á reemplazarle.

La viuda del leñador.

[1824.]

Acostumbraba la viuda de un pobre leñador ir todos los días á cortar leña en medio de los bosques de pinos que coronan la cima de los Vosgos, y mientras recorría la selva, dejaba su niño, todavía muy pequeño, en algun matorral.

Pero, ¿podía acaso estar ausente largo tiempo de su querido niño? Una hora de espera es un siglo para la tierna madre. Tal vez en aquel momento alarga sus bracitos llamando á gritos á su madre.

Alarmada con sus pensamientos se apresura á llegar donde reposa su hijo, cuando se presenta á su vista un terrible lobo, con el pelo erizado y la boca abierta. Helada de espanto, siente el frío de la muerte, y teme que la fiera haya devorado á su hijo. ¡Dios sea loado! un débil grito la anuncia que su hijo respira aún, acostado en su cuna de yerba.

En aquel momento se dispone el lobo á arrojarse sobre su víctima, va á alcanzarla; ¡cuánta fuerza no inspira en una madre el peligro de su hijo! Con el mayor valor se interpone entre su enemigo y el matorral, haciendo de su cuerpo una muralla para defender á su hijo.

Al ver esto la fiera, olvida la presa de que iba á apoderarse, y volviendo toda su rabia contra la nueva víctima que se le presenta, se arroja sobre ella, la destroza y se sacia de sangre. Mientras aquella desgraciada forcejeaba con el lobo, se acuerda que lleva consigo un cuchillo, le coge, y reuniendo todas sus fuerzas ya desfallecientes, hunde el agudo hierro en el corazón del animal, que espira dando un horrible ahullido. Debilitada la madre por

aquel esfuerzo, cae al lado de su enemigo muerto, gritando: « ¡Salvad á mi hijo! »

A sus lastimeros quejidos acuden algunos leñadores que ven al llegar á su pobre compañera tendida en el suelo ensangrentada. Durante el combate, se habia dormido el niño en apacible sueño ignorando el peligro de su madre.

Los leñadores llevan al hijo y á la madre á su cabaña; rodean á la pobre mujer inanimada, prodigándola todos los cuidados que pueden volverla á la vida. ¡Socorros inútiles! Está ya fría...

Desesperaban ya de reanimar aquella víctima generosa del amor maternal, cuando tuvo alguno la idea de arrimar la cara del niño á la de su madre; á poco hace esta un ligero movimiento, se van coloreando sus mejillas, entrecierran sus ojos descaecidos, y un suave calor comienza á extenderse por sus miembros; conoce á su hijo y le estrecha entre sus brazos con entrañable ternura. La imagen del monstruo se presenta, sí, á su imaginación, pero la olvida en seguida, puesto que su hijo vive... Y está salvada ella misma.

Clementina.

[Siglo XVIII.]

En el hermoso país del Rosellon, en medio de un bosquecillo de limoneros, habia una casita solitaria donde moraba la buena Clementina, cuyas virtudes y cariño formaban las delicias de su marido y de sus hijos.

Hallábase un día ausente su marido, y los dos niños, Antoñita y Antonio jugaban juntos cerca de la casa; mas de repente oye Clementina gritar á su hijo; sale corriendo muy asustada y se estremece viendo á Antonio que conducía á su hermanita temblorosa y espantada. « Mamá, dijo, mirad cómo corre la sangre de la mano de Antoñita; la ha picado una víbora. » Clementina grita entre sollozos: « ¡Ay mi hija! ¡Hija mia! ¡Una víbora! ¡Socorro, socorro! »

En aquel momento pasaba un hombre que iba muy de prisa; y con voz entrecortada le suplicó se detuviera y viniera en su ayuda.

« Señora, dijo el viajero, no puedo detenerme; además, no sé más que un remedio; procuraos un perro que chupe el veneno de la herida, pero apresuraos, no perdais un momento. »

Marchó el hombre y Clementina se vió próxima á caer por tierra, como sobrecogida de un vértigo. Pintábase la desesperación en su pálido semblante, pero un instante despues apareció la calma en su rostro, y se irguió trasportada de júbilo.

« ¡Que chupe un perro el veneno de su herida! No, un perro no lo haria, pero una madre puede hacerlo, y lo hace. » Coge en seguida el brazo de su hija, aplica sus labios á la herida, y chupó por largo tiempo con indecible ardor.

A todo esto llega el padre, y viéndole venir Antonio, corre á su encuentro y le refiere lo sucedido y lo que ha hecho su madre. El jóven esposo palidece de terror, sus piernas vacilan y tiene que apoyarse en un árbol.

« ¿Qué teneis padre? » exclama el niño dirigiéndose á socorrerle; en aquel momento cayó al suelo el baston que su padre tenia en la mano. Al ver el niño aquel baston en el que habia una culebra enroscada, retrocedió espantado gritando: — « ¡Esa es, esa es la víbora que ha picado á mi hermana! — ¿Qué es lo que dices, hijo mio? exclama el padre volviendo en sí; ¡qué! ¿era igual á esta la culebra que ha picado á tu hermana? — ¡Sí, señor, enteramente igual! »

Su padre respira entónces y da un grito de alegría: « ¡Loado sea Dios! exclama; el reptil que ha picado á Antoñita no era una víbora, es una culebra; su picadura no es peligrosa y Clementina no ha chupado veneno alguno.

Llega á la casita con los ojos arrasados en lágrimas; abraza á la madre y á la hija, las estrecha largo rato contra su pecho, y dice ébrio de gozo:

« ¡Qué miedo me has causado! pero gracias á Dios, el reptil no era venenoso. Todavía viviremos juntos; jamas olvidaré tu maternal cariño, y nuestros hijos tampoco lo olvidarán. »

Juan Ducas.

[1072.]

Unas bandas de aventureros franceses, á las órdenes de Oursel, caballero normando, asolaba el Asia Menor, sometida entónces al cetro de los débiles soberanos del Bajo Imperio. Juan Ducas, salió á su encuentro á la cabeza de un ejército numeroso. Los franceses alcanzaron la victoria, y Juan, despues de una tenaz resistencia, fué herido, hecho prisionero y cargado de cadenas. Su hijo Andrónico se arroja entónces en medio de los franceses con objeto de libertarle, pero agobiado por el número y cubierto de heridas cae á su vez. Un guerrero frances, espada en mano, va á darle el golpe mortal, pero Juan, testigo de tan terrible espectáculo, hace un esfuerzo supremo; rompe sus ligaduras, corre hácia Andrónico cubriéndole con su cuerpo y exclama: « ¡Deteneos, es Andrónico mi hijo! »

Los franceses bajan sus espadas, y admirados del valeroso cariño de un padre salvando la vida de un hijo que moria por libertarle, alzan á los dos cautivos, les tratan con dulzura, y les conceden la libertad.

Loizerolles.

[1794.]

Millares de inocentes se hallaban encerrados en los calabozos en la época del Terror¹, condenados á muerte sin distincion de edad, sexo ni condicion; no les quedaba más que hacer sino responder al último llamamiento del carcelero y salir á la carreta fatal; apenas si algunas veces tenían los jueces tiempo y voluntad para asegurarse de la

1. Se da este nombre en Francia al año de 1793 hasta el 27 de julio de 1794.

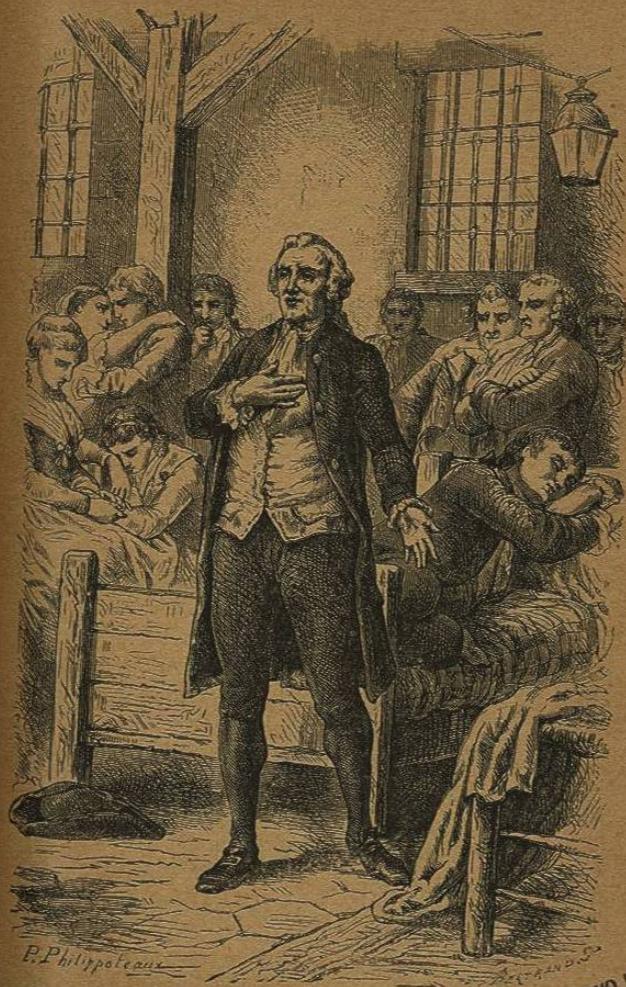
identidad de los que esperaba la guillotina; mezclados unos con otros en la prision, del mismo modo morian todos.

Un jóven llamado Loizerolles, compareció en dicha época ante el tribunal revolucionario y fué condenado. Su padre, que no quiso separarse de él, le acompañó en la cárcel. El anciano queria sostener al jóven en su última prueba. El dia en que debia cumplirse la sentencia, estaba el jóven tan cansado, triste y agobiado por sus emociones, que se quedó dormido en el calabozo. Su padre velaba á su lado; de pronto rechinan los cerrojos, se abre el postigo, y se presenta el carcelero, acompañado de soldados, con una lista en la mano y va llamando uno por uno á los desdichados cuya última hora ha sonado.

Nombra á « ¡Loizerolles! » nadie contesta. « ¡Loizerolles! » grita segunda vez; el mismo silencio... solo el padre ha oido el llamamiento de la muerte. Es á su hijo á quien llaman, y éste se encuentra sumido en profundo sueño. Un pensamiento súbito brilla en los ojos del anciano; llaman al hijo, el padre responderá.

Y aquella sublime inspiracion la lleva á cabo en silencio; por segunda vez va á dar la vida á su hijo. Se presenta en seguida, y se pone en la fila de los que van á marchar al cadalso.

Pero ántes de salir de la prision, vuelve al lado de su hijo, é inclinándose sobre él, dice: « ¡Duerme, hijo mio, duerme en ese sueño feliz que te oculta la vista de tu padre que va á morir por tí! ¡Ah! ¡No te despiertes ántes de tiempo, espera á que sea consumado el sacrificio! » No le abraza por temor de despertarle, y dirijiéndose en voz baja á uno de sus compañeros de cautiverio que le miraba con los ojos anegados en lágrimas, le dice: « Os ruego por lo mas sagrado, que le calmeis cuando se despierte y sepa la terrible verdad; impedid que en su desesperacion cometa alguna imprudencia y sea inútil mi sacrificio; hacedle saber la última voluntad de un padre que debe ser obedecido. Yo le ordeno que se resigne y le prohibo comprometer una vida que le he dado por dos veces. »



Loizerolles.

Y el padre sale de la prision entre los demas condenados á muerte, sube al patíbulo, y presentando su cabeza al verdugo, murmura esta corta plegaria : « ¡ Dios mio, velad por mi hijo! »

NIÑOS.

El deber mas sagrado de todos, el que con caractéres de fuego ha grabado la naturaleza en el fondo de nuestra alma, es amar á los que nos dieron el sér. ¡ Y cuán dulce es obedecer este precepto de amor!

(FLORIAN.)

La piedad filial es un deber de religion que Dios mismo nos prescribe. La piedad filial consiste en el respeto, el cariño, el agradecimiento y la abnegacion. (B.)

Guillermo Brown.

Un inglés, autor de un viaje á Escocia, refiere el suceso siguiente :

Al dia siguiente de salir de Glasgow ¹, tuvimos que hacer alto en una villa, y desde la ventana de nuestra posada, situada frente á la cárcel, veíamos todos los que pasaban por la calle. En esto llegó un hombre á caballo, vestido con sencillez pero con elegancia; hechó pié á tierra á la puerta de nuestra posada, y entregando su caballo al dueño de ésta, se dirigió á un anciano que se ocupaba en empedrar la calle. Despues de saludarle, tomó el pison en sus manos, y dando algunos golpes en el empedrado, dijo al anciano que le miraba como admirado : « Me parece bien duro este trabajo para vuestra edad; ¿ no teneis hijos que puedan evitaros tan penosa tarea? — Sí, señor, respondió el anciano, tengo dos hijos en los que fundaba mis esperanzas; pero no se hallan ahora en situacion de socorrer á su padre... — ¿ Dónde están? — El mayor está en las Indias orientales ² con grado de capitán. — ¿ Y el segundo? » preguntó el caballero con precipitacion. A estas palabras no pudo contener sus lágrimas el pobre viejo... « Ha salido

1. Grande y rica ciudad de Escocia.

2. Una gran parte pertenece á los ingleses.

garante por mí, dijo; el pobre muchacho se encargó de pagar mis deudas, no ha podido hacerlo, y está en la cárcel... » Al oír esta relacion se retiró el viajero algunos pasos, cubriéndose el rostro con las manos un buen rato, y volviendo de nuevo hácia el anciano, le dijo : « ¿ No os ha enviado nada el hijo mayor, ese capitán, hijo desnaturalizado, para sacaros de la miseria? — ¡ Ah, no le llameis desnaturalizado! exclamó el padre; mi hijo es el mejor de los hombres, me ha enviado dinero, y mas de lo que habia menester; pero perdí todo este dinero á causa de haber dado fianza por un hombre muy honrado, que cayó en la desgracia y se vió imposibilitado de pagar; me han vendido todo lo que poseia, nada poseo, y he vuelto á tomar mi primitivo oficio de empedrador... » Estando hablando de este modo, asomó un jóven su cabeza por entre los hierros de una ventana de la cárcel y se puso á gritar : « ¡ Padre, padre! Si vive aún mi hermano Guillermo, es ese viajero que está hablando con vos... — Sí, yo soy, exclamó éste arrojándose en los brazos del anciano, que aturdido, fuera de sí, lloraba sin acertar á hablar, y no recobró el sentido hasta que de una casa medio arruinada salió una señora anciana, vestida con bastante decencia, diciendo á gritos : « ¿ Dónde está mi hijo? ¿ Eres tú mi querido Guillermo? ¡ Ven á abrazar á tu madre! » Apénas la hubo visto el capitán, cuando desprendiéndose de los brazos de su padre, voló á recibir á su madre en los suyos. Entónces bajamos á la calle, y hendiendo el grupo de gente que se habia formado en derredor de la dichosa familia, se llegó uno de mis compañeros al viajero y le dijo : « Capitán, os pedimos el favor de aceptar nuestra amistad; hubiéramos andado de buena gana cien leguas por presenciar una escena como ésta; os suplicamos mis compañeros y yo, vengais todos á comer con nosotros á nuestra posada. » Agradecido el capitán á la oferta, aceptó diciendo que no comería ni bebería nada hasta que su hermano recobrará la libertad. Marchó á depositar la cantidad que era necesaria, y en el instante fué puesto el jóven en libertad. Entónces se presentó toda la familia en la posada

donde les costó trabajo entrar á causa del gentío que se habia reunido á la puerta, agasajando todos á porfia al buen Guillermo que correspondia afectuosamente á aquel cordial recibimiento.

Así que pudimos establecer la conversacion, el capitán nos refirió lo siguiente: « Hoy es cuando conozco en toda su grandeza los beneficios de la Providencia, á quien tanto debo. Apénas salido de la infancia, me alisté en las tropas destinadas al servicio de la India. Cifrabá mi esperanza en alcanzar la fortuna por medio de mi buena conducta, y felizmente mi esperanza se ha realizado; tuve la suerte de que el gobernador de las posesiones inglesas en la India me diera pruebas de distincion. Con mi celo en el servicio logré inspirarle afecto, y gracias á su proteccion, fui pasando por todos los grados hasta llegar á capitán, obteniendo permiso al mismo tiempo, como algunos de mis compañeros, para ocuparme en negocios comerciales. Todo me ha salido bien, y poseedor de una fortuna suficiente, he dejado el servicio para volver al seno de mi familia. Tres veces he enviado cantidades importantes á mi padre, pero no ha recibido mas que la primera; la segunda cayó en manos de una persona que hizo quiebra, y la tercera la confié á un escocés que falleció en el camino.... » Después de comer, el capitán entregó á su padre cien monedas de oro para sus necesidades del momento; firmó una escritura por la que aseguraba á sus padres una renta anual de dos mil francos, que heredaría su hermano, prometiendo asociar á éste en una manufactura que se proponia establecer para procurar ocupacion á los habitantes de la villa. Por último, después de distribuir mil doscientos francos entre los pobres, dió una fics'a brillante á sus compatriotas.

El paje.

Federico II, rey de Prusia, llamó un día desde su habitacion, sin que respondiese nadie, y abriendo la puerta de

la antecámara, vió un paje dormido en una silla. Iba á despertarle, cuando notó que por fuera de uno de los bolsillos de éste asomaba un papel y le tomó. Era una carta de la madre del jóven paje, en la que le daba las gracias por el dinero que le habia remitido. Contento Federico al ver la conducta de su paje, que se privaba de su paga por ayudar á su madre, tomó un cartucho de ducados y le deslizó con la carta en el bolsillo del jóven dormido. Un instante después tiró de la campanilla; despertóse el paje y corrió á la cámara real. « Os habeis dormido, » le dijo el rey. Trató el jóven de excusarse, mas sintiendo en su bolsillo mas peso que de ordinario, metió la mano en él y halló el cartucho de ducados. Perdió el color, y se quedó temblando sin poder articular una palabra. « ¿Que teneis? le dijo el rey. — ¡Ay, señor! exclamó el paje; alguno me quiere perder; yo no sé de donde viene este oro. — ¿No dicen que la fortuna viene durmiendo? Envia esa suma á tu madre, salúdala de mi parte, y puedes asegurarla que cuidaré de ella y de tí. »

El discípulo de la Escuela militar ¹.

Un niño de doce años, que bajo el reinado de Luis XV ² obtuvo una plaza dotada en la Escuela militar, se hacia notar por su frugalidad, rara en toda edad, pero especialmente á la suya; se mantenía únicamente de sopa y pan seco, y no bebía mas que agua pura. Advertido el sub-director de aquella singularidad, le dijo un día: « ¿No encontráis á vuestro gusto lo que os sirven? — Sí, señor, me parece muy apetitoso todo lo que nos sirven, pero no puedo decidirme á comer de ello. » No pudo el sub-director obtener otra respuesta, y con este motivo manifestó el caso al gobernador de la escuela, quien hizo llamar al discípulo, y después de manifestarle con dulzura lo necesario que

¹. Se daba entonces el nombre de *Escuelas militares* á los colegios donde se educaban los niños destinados al

ejército. Tal es hoy el de la Flecha, en el departamento de la Sarthe.
². Reinó desde 1715 hasta 1774.

era evitar toda clase de singularidad y conformarse á la costumbre de la escuela, se vió obligado de amenazarle con devolverle ó su familia. « ¡Ay, señor, contestó el niño; ¿quereis saber la razon de mi conducta? pues bien, sabed que mi padre, mi madre y mis hermanos se hallan en la mayor pobreza; no comen mas que pan negro y no beben mas que agua; cuando yo veo todas las buenas cosas que nos sirven aquí, pienso en la miseria de mis padres, se me oprime el corazon y no puedo comer. » Al decir estas palabras el pobre niño, entristecido por el recuerdo, vergonzoso y afligido por haberse visto obligado á revelar la miseria de sus padres, rompió á llorar. Conmovidó el gobernador, estrechó al niño entre sus brazos y trató de consolarle. « Decidme, amigo mio, vuestro padre, que es oficial retirado, ¿no tiene pension? — No, señor; hace dos años que solicita una, y todavía no ha tenido contestacion. — Hijo mio, mañana veré al ministro, y os prometo que ántes de ocho dias obtendrá su pension. Entretanto comed con apetito, y aceptad estos tres luises que os doy en nombre del rey para que los gasteis como querais. En cuanto á vuestro padre, yo me encargo de adelantarle el primer trimestre de su pension. — Pero, señor, respuso el niño radiante de alegría, ¿cómo podreis enviarle ese dinero? — No os inquieteis, ya encontraremos el medio. — ¡Ah señor! puesto que teneis esa facilidad, envidiadle tambien los tres luises que acabais de darme; aquí hay abundancia de todo, este dinero me seria inútil y mi padre le podrá emplear muy bien para mis hermanos. »

Sedaine¹.

Un maestro de obras llamado Sedaine, sin otra fortuna que su industria, murió en una ciudad del Mediodía de Francia dejando sin recursos á su mujer y dos hijos; el mayor, de edad de catorce años, asistia como externo á las clases del colegio; el otro era mucho mas pequeño.

1. Autor de varias obras dramáticas; nació en 1749, y murió en 1797.

Todos los vecinos se interesaron por aquella pobre familia, y querian que el jóven Sedaine continuara sus estudios que habia comenzado con celo y brillante éxito; prometian ayudarle, el director del colegio le ofrecia su apoyo, proposiciones todas que llenaban de satisfaccion el corazon del jóven discípulo. « Pero, dijo, ¿qué será de mi hermano, de quien soy el único protector á pesar de mis pocos años? ¿Podrá mi madre atender á él con el trabajo de sus manos, acostumbrada como se halla al bienestar? No; es preciso que yo me ponga en situacion de ayudarlos lo mas pronto posible; ese es mi deber, yo lo conozco, mi conciencia me dicta y mi corazon me encamina á hacerlo. » Y el pobre muchacho entró como aprendiz de albañil.

Los trabajadores, por respeto á la memoria de su padre, le manifestaban las mayores consideraciones; los maestros se apresuraron á facilitarle sus progresos. Desde el primer dia empezó á ganar alguna cosa, aumentando su jornal con rapidez.

Al dejar el colegio, habia conservado sus libros y cuadernos, y por las noches se ocupaba en estudiar; sus antiguos condiscípulos le comunicaban las lecciones de clase, los profesores recibian gustosos sus visitas y le ayudaban con sus consejos. El director le proveia de libros.

De este modo comenzó una existencia doble; consagraba el dia al trabajo manual para sostener á su familia y dedicaba parte de la noche al cultivo de sus facultades intelectuales; el dia pertenecia á las necesidades presentes, la noche á las esperanzas del porvenir, porque aquel generoso niño soñaba en la gloria aunque ocultaba este pensamiento en el fondo de su corazon. Al mismo tiempo que llegaba á ser un albañil muy hábil, concluyó sus estudios clásicos.

Entónces quiso aprender la arquitectura y se dirigió á Paris, donde un amigo de su padre le prometió buena acogida. Los carruajes en aquella época caminaban lentamente; con el dinero de sus economías costeó un asiento por su hermano y él caminaba á pié.

En Paris continuó el mismo género de vida, ganando con su trabajo lo necesario para vivir él y su hermano y socorrer á su madre que habia quedado en su país; y estudiando la arquitectura con ardor é inteligencia, cultivando al mismo tiempo las letras, tanto para satisfacer las nobles inclinaciones de su alma, como con la esperanza de conquistarse un nombre.

El éxito coronó siempre virtud tan pura. El noble colegial que se habia convertido en aprendiz de albañil, llegó á ser uno de los mejores arquitectos, á la par que uno de los literatos mas célebres de su época; se enriqueció y alcanzó un nombre honroso en las dos carreras que habia abrazado simultáneamente; fué miembro de la Academia de arquitectura y de la Academia francesa.

La señorita Jossierand.

Una honrada familia de la ciudad de Provins¹ se vió completamente arruinada por algunas empresas arriesgadas. Despues de deshacerse de todo lo que poseia, el desgraciado padre, anciano é incapacitado para trabajar, debia cerca de 4,000 francos.

Declarado insolvente y siendo sus hijos menores de edad, le dejaron en paz sus acreedores. Su hija estaba trabajando hacia algunos años para reunir un dote con objeto de abrazar el estado religioso, que era su único deseo.

Pero en seguida que ocurrió el desastre en su familia, empleó su pequeño tesoro para atender á las primeras necesidades, y por medio de su trabajo convertirse en el apoyo de un padre impedido, un hermano de corta edad y una abuela octogenaria; pero no era esto bastante para la pobre jóven.

Su abuela, su pobre abuela se halla moribunda, y no es la miseria la que la mata. Su nieta que vela á su lado, comprende los deseos que abriga aquella en el corazón sin

1. Cabeza de distrito en el departamento de Sena y Marne.

atreverse á manifestarlos, y se consagra á cumplirlos. El trabajo del dia y el de la noche, unido á las mayores privaciones, la permitirán saldar las deudas de su familia, y algun dia podrá rehabilitar el nombre de su padre.

La desgraciada abuela cierra sus ojos bendiciendo á su nieta, que poco á poco va á ver á los acreedores, les pide tiempo, mucho tiempo, y les suplica dejen algunos efectos á su pobre padre.

Conmuévase á la vista de aquella jóven, pero su proyecto les causa asombro; no tiene sino su trabajo, con tres personas á su cargo y se encarga de pagar deudas que no son suyas. Tan firme resolucion en su edad encuentra muchos incrédulos.

Veinte años despues de haber contraido la señorita Jossierand este compromiso, habia solventado todas las cuentas, y parecia demostrar en su semblante que su conducta no tenia nada de extraordinario.

Su valor, que jamas desfalleció, una vida consagrada enteramente á ejecutar un pensamiento honrado, dejaron intacta su modestia y su delicadeza.

Recibió en su pecho los últimos deseos de su abuela; ha honrado los últimos dias de su padre; su hermano la debe una buena educacion y una profesion, y sobre todo, un nombre sin tacha, porque todas las deudas fueron cubiertas; y si se ha divulgado el secreto de virtud tan rara, se debe á los mismos acreedores satisfechos y á los vecinos testigos de todo.

La catástrofe de Monville.

[19 de agosto de 1845.]

En el valle de Monville, cerca de Ruan, estalló una tempestad horrible, acompañada de una tromba furiosa.

Dos vientos violentos, soplando en direccion opuesta, formando un cono, que bajando de las nubes, apoyando su punta en la tierra, giraba con espantosa rapidez. De su seno salian relámpagos que esparcian á lo lejos un olor de

azufre muy pronunciado, y dícese que varias nubes rojas y negras se movian verticalmente lanzadas y rechazadas con prodigiosa fuerza. Se oia un ruido parecido al que precede al granizo. El barómetro bajó de repente diez y seis milímetros; la temperatura se elevó rápidamente, y una corriente de aire cálido precedió á la tromba.

El metéoro se dirigia hácia el Este, derribando todo lo que hallaba al paso; abrió un ancho boquete por medio de una selva, quebrando ó torciendo los árboles, arrojándolos á derecha é izquierda, sin perder por eso su fuerza.

En seguida cayó sobre tres de las principales fábricas del valle. Eran estas tres fábricas de hilados ricas y magníficas, y las tres quedaron en un instante reducidas á escombros. Para colmo de fatalidad, era la hora en que todo el personal de las fábricas se hallaba en el trabajo.

Mas rápida que el rayo fué la destruccion de aquellos establecimientos, perdiendo la vida cuarenta personas, y heridas otras ciento, la mayor parte mortalmente.

Dos ó tres minutos despues cesó el metéoro; por espacio de algunas horas sopló un viento violento causado por aquella terrible perturbacion de la atmósfera, y su fuerza se hizo sentir á distancias enormes; algunos restos de las fábricas fueron arrastrados hasta mas de diez leguas.

Un rasgo notable de valor, inspirado por el amor filial, señaló aquella terrible catástrofe.

Los habitantes que de todas partes habian acudido, trabajaban bajo la direccion de las autoridades retirando los escombros para sacar las víctimas que se hallaban debajo, y salvar á las que fuera posible.

Todo el mundo temblaba por la suerte de M. Neveu, uno de los propietarios de las tres hilanderías destruidas. Ya hacia largo rato que se le buscaba sin poder hallarle, cuando se hoyeron gemidos medio ahogados bajo las ruinas; era la voz de M. Neveu, y los trabajadores se dirigieron por aquel lado.

Se le encontró apoyado en sus dos puños, arqueado el cuerpo, soportando sobre sus espaldas un monton de es-

combros y protegiendo de este modo á su madre que habia caido con él y que hubiera perecido ahogada sin su heroico valor. Ni la madre ni el hijo tenian heridas de gravedad.

Tres horas habia permanecido M. Neveu en aquella horrible posicion escudando á su madre con su cuerpo, y tal fué la contraccion de sus músculos, que la reaccion que se apoderó en él despues de su salvacion le causó una postracion absoluta. Algunas horas transcurrieron sin que pudiera articular una palabra; cuando recobró el conocimiento, su primer pensamiento coronó dignamente su abnegacion: « Estoy arruinado, dijo, pero no me quejo, pues he podido salvar á mi madre. »

Luisa.

Luisa era hija única; á todos los dones reunidos de la belleza, la acompañaban la educacion y la fortuna.

Tenia veinte años, y estaba ya decidida su union con un jóven digno de ella que la amaba tiernamente y á quien ella correspondia en el mismo grado.

Mas de repente se quedó ciego su padre.

Entónces Luisa, á pesar del dolor y las instancias del jóven, y las súplicas de su padre, devuelve su palabra á aquel. Ya no quiso ocupar su vida sino para consolar y guiar á su padre; desde aquel momento se despidió de los placeres para siempre.

Jamas dejaba de la mano al pobre ciego, distrayéndole con su jovialidad y sus discursos. Cuando su padre queria salir, le decia: « Apoyaos en mí, padre; » y le conducia al jardín ó al campo para hacerle respirar el aire puro.

De vuelta á su casa le entretenia con la lectura, con el canto ó la música. De cuando en cuando reunia algunas noches personas sensatas y amables cuya conversacion agradaba al anciano, ó le conducia á casa de amigos antiguos donde pasaba el tiempo sin sentirle; despues le conducia de nuevo á su casa. Cuando invitaban á Luisa á tomar parte en las fiestas y diversiones que ántes eran de su